

Lista de boda

Víctor Pliego

Las fechorías estéticas que se comenten con la disculpa de una boda principesca son mucho peores que las que se perpetran en nombre de Papá Noel. Horrorizado, he recordado a Lady Di cuando aún era gusano entre tules nupciales, antes de convertirse en mariposa. En los días previos a la boda las diversas cadenas de televisión estuvieron repasando diversas ceremonias cuyo referente más cercano es la opereta, un género centenario. Lógicamente las dinastías están, o lo pretenden, por encima de siglos y modas pasajeras, y lo feo nunca muere. Nuestro regio enlace ha sido un recordatorio de estos sólidos principios, aplaudidos por un insólito cortejo de aduladores tanto espontáneos como oficiales.

La cosa empezó cuando el heredero de la Corona, antes incluso de encontrar una inquilina idónea, erigió en un rinconcillo del jardín paterno una covacha que resume los más significativos aciertos arquitectónicos de las cinematográficas Mansión Monster (“La familia Monster”) y del Motel Bates (“Psicosis”); eso sí, renunciando conscientemente a las exageraciones del orsoniano Palacio de Xanadú. Mejor el estilo Biedermeier que el estilo Imperio, que a ciertos sujetos les produce dolor de cabeza.

Muchos cómplices se han sumado a este crimen contra la elegancia, encabezados por el arzobispo de Madrid, promotor de unas pinturas al fresco para la Catedral de La Almudena de una impactante frescura, encargadas a un iluminado de salón que, tras mucho meditar, descubrió la “inspiración intertextual” en viejos iconos.

Para no ser menos, el alcalde de la Villa y Corte encomendó a un ex-mecano la composición de una música nupcial propia de la orquesta de Mantovani en un día de resaca (¡Mantovani, no el alcalde!). El pique llegó hasta el Principado, donde días antes de la boda estrenaron una marcha nupcial sin nupcias. ¡Oye, que más vale eso que nada!

La lista de agravios al buen gusto desciende por todo tipo de objetos hasta llegar a los más modestos tazones, llaveros y encendedores, terreno en el cual los contrayentes pueden rivalizar orgullosos con Micky Mouse y su novia. La estética del histórico acontecimiento pertenece a la corriente que extraoficialmente se conoce como “estilo remordimiento”. En el fondo es patético y cruel que un ser humano se vea predestinado a pasar por el altar y a procrear entre oropeles un varón con iguales cargas por razón de Estado.

¿Y Unicef? ¿Qué opinará de todo esto?